

## Consideraciones sobre la Historia General

Por el Conde A. de Gobineau

Se sabe hoy más que antes acerca del desarrollo de las naciones. Se conoce mejor lo que han hecho. Véase con más clara mirada en que acabaron las que ya no existen. Los orígenes, todavía oscurecidos por muchas oscuridades, también perdidos a menudo en tinieblas cuya espesura, al menos, se contempla, no han permitido dejarse descubrir más que en algunos puntos. Se entreven, en suma, planes generales y, lo que es en particular importante y excitante, de la contemplación de esos aspectos, en su mayor parte nuevos, uno es inducido, como a pesar suyo, a adivinar, a suponer, a menudo hasta admitir la existencia de leyes verdaderas que llevan, además, al observador a pensar que los fenómenos morales de que se compone el conjunto de combinaciones políticas son producidos por causas regulares, permanentes, imperiosas y que se parecen mucho en su manera de encadenarse y de realizar sus efectos a lo que las ciencias naturales revelan cada día a sus adeptos. Antes de tener el derecho de decidir que esta necesidad, que esta predisposición es absolutamente fatal para los destinos de las sociedades humanas, como parece serlo para las evoluciones de la materia, sea orgánica, sea inorgánica, será necesario, sin duda, acumular a disposición de la ciencia una masa de demostraciones que no existen todavía en un estado bastante completo. Por cierto que no se han producido hasta ahora más que resultados incompletos y soluciones truncas; sin embargo, el conjunto de hechos que se posee impulsa a la inteligencia crítica de esa dirección. Lo que se encara tiene perfectamente esa fisonomía rigurosa que conduce a tratar la historia como si ella fuese verdaderamente susceptible de devenir algún día ciencia tan precisa en sus deducciones como perentoria en las aplicaciones futuras que podrá hacer de ellas.

Parece que al igual, a imitación de la filología, que reconstru-

ye lenguas muertas aplicando a su estudio lo que el lingüista observa doquiera en aquellas que está en situación de analizar completamente, el Historiador podrá establecer alguna vez que una nación dada no deberá ni podrá humanamente enseñar más que hechos de tal orden, con exclusión de los hechos de cualquier otro orden. No se ha llegado aún hasta eso. Pero el camino se presenta accesible, es tan largo, tan magnífico, los horizontes que presenta son tan imponentes, las conquistas serían tan ricas, tan nobles, tan hermosas, tan rebosantes de las más maravillosas nociones proféticas y, para decirlo de una vez, será tan imposible en adelante considerar de una manera más modesta, más restringida, la filosofía de los anales, que, de buen o mal grado, resistiendo los unos, corriendo los otros a través de esos espacios tan mal alumbrados todavía, todas las inteligencias ocupadas en investigar lo que el hombre ha hecho sobre la tierra y como ha vivido, están hoy reunidas en ese gran camino.

Continuarán marchando por él hasta que hayan encontrado lo que allí parece estar, o descubierto seguramente que muy otra cosa se encuentra. Pondrán mano sobre esas leyes fijas, precisas de que se trataba de un momento ha, o bien verán manifiestamente que muy otra cosa se presenta allí y ocupa su lugar. En todo caso, han de afirmar por largo tiempo aún en el estudio de la Historia ese carácter experimental que es la marca esencial de todo lo que, en nuestros días, pertenece a la verdadera erudición.

No sería exacto, no sería, sobre todo, histórico atribuir esta disposición de los espíritus a una prerrogativa de la que éstos estarían provistos y que habría faltado a sus predecesores. Todos los tiempos se han esforzado por saber, y por saber bien. Todos han multiplicado sus esfuerzos para abrir fuentes de información en que su avidez de conocer pudiese aplacarse. Estrabón fué un geógrafo tan cuidadoso en informarse como ha podido serlo Ritter. Pero los medios de conocer no se han multiplicado más que en la medida en que las esferas de observación se han ensanchado, y de esto ha resultado muy naturalmente que, sin ninguna inferioridad de aptitudes científicas, de cabal juicio, de recta razón, de alta cultura, la crítica en tiempos de Homero no podía llevar su examen más que a las evoluciones sociales de pequeñas aldeas; y por consiguiente, no se utilizaban más que para doctrinas

inacabadas y defectuosas, terminando en doctrinas bastante vanas, mientras que en la época romana, Tito Livio, Tácito tenían ya sobre la naturaleza de los seres de nuestra especie, de lo que hacen, de lo que pueden hacer, nociones infinitamente más complejas y, por consiguiente, posibilidades de producir sistemas más próximos a lo verdadero.

Sin embargo, tantas luces faltaban aún, tantas causas oscurecían los mejores deseos y los extraviaban, que se estaba lejos todavía, en esta época, de poder encaminarse por los senderos que llevan a la verdad. Por lo tanto, la primera página que fué pensada sobre la historia del hombre no ha dejado de ser la madre indispensable de la segunda, que nunca hubiese existido sin ella, y esta segunda, por una fecundidad resultante de su nacimiento mismo, ha dado la razón de ser a todas las generaciones que han seguido en este orden de producciones; y la que precedía ha sido la formadora de la que seguía, y así, de resultante en resultante, pasando de las composiciones mitológicas a las historias poéticas, de éstas a los anales, de los anales a las crónicas, de estos relatos esbozados a las compilaciones sistemáticas, la Historia (lo que es, o para ser completamente exacto, lo que comienza desde ahora a ser Historia y que lo será algún día en las manos de nuestros sucesores) gradualmente ha crecido y ocupado su lugar en el mundo, sin que el último obrero que ha trabajado en la gran tarea haya tenido por ese hecho más mérito y sobre todo otro mérito que el de llegar último y aprovechar los trabajos anteriores, sin los cuales la primera línea de los suyos hubiese sido una producción imposible. No se podría, pues, de ninguna manera, considerar el estado más satisfactorio, más real en que nos es dado mantener en lo sucesivo la Historia ante nuestros ojos, como si fuese una prueba de engrandecimiento del espíritu moderno considerado en sí mismo. Este espíritu no es aquí más que un heredero y si algo agrega a lo que ya ha recibido de los antiguos, así procedieron igualmente éstos con respecto a los trabajos de sus predecesores.

\*

\* \*

Hay aún otro punto de vista desde el cual es curioso encarar los progresos del saber histórico. Cuando los hombres estaban ais-

lados, de nación a nación, en circunscripciones geográficas cuyos límites han disminuído hasta el punto de no detener más ninguna comunicación, cada grupo ignoraba al otro por dos razones diferentes.

En primer lugar, y se lo observa al primer contacto, los pueblos quedaban entre sí confinados en sus solas experiencias, y si observaban a los otros grupos sociales de una manera muy imperfecta, no se veían a sí mismos más que desde un solo y único punto de vista, que nada en el mundo les llevaba a variar. Mientras más aislados, y naturalmente esta situación es la de su estado más antiguo, menos sorprendidos estaban por las condiciones más originales de su modo de existencia. Son éstas, apreciaciones que solo el examen comparativo puede hacer surgir y salir a la luz. No se observaban a fondo porque estaban ensimismados, pareciéndoles su estado esencial, necesario, inevitable, normal y absolutamente inherente a la condición humana que, en su sentir, no podía tener otras formas, no excitaba en ellos duda ni sorpresa y, por consiguiente, no hacía nacer en ellos ninguna curiosidad. De ahí una manera de concebir la historia, su historia, la única que para ellos existía, desnuda de todo lo que consideramos hoy que debe ser colocado en primera línea en la apreciación de la condición social.

Se debe observar que esta manera de sentir, seguramente la más restringida y también, a la vez, rigurosamente típica y original, suministraba necesariamente una materia, si no una apreciación y una representación históricas, de la naturaleza más superior. Lo que eran esos pueblos ensimismados y que no veían y conocían más que a sí mismos, lo eran con una intensidad que nada perturbaba ni hacía derivar a lo banal. Lo que se advierte de histórico en los Vedas, en las partes más antiguas del Avesta o de las leyendas persas, en los relatos de la Odisea, en las pinturas de la Iliada, en los fragmentos más antiguos del Génesis, como la guerra de los Siete Reyes, en los comienzos de Roma, en esos restos germánicos de la Canción de Beowulf, del poema de Sigurd Fafnirsbana, son apreciaciones, exposiciones producidas por espíritus seguramente muy estrechos, muy limitados en su horizonte, alimentados por errores, llenos de quimeras, sin espíritu crítico e impulsados no tanto por la Fuerza como por la virulencia; sin

embargo, cuando se considera muy de cerca y se mide en la probeta el valor intrínseco del metal con que estas producciones primitivas están fundidas, se lo encuentra, se lo reconoce tan puro, tan homogéneo, tan incomparablemente precioso como las obras posteriores, que no han tenido por trama, no ya oro puro, como aquellas, sino una mezcla cualquiera, no pueden valerlo, no podrían serles comparadas, en peso, en densidad, en precio real, aunque seguramente su forma y sus adornos puedan ser superiores. Así, mientras más han envejecido los anales, más su composición simple, que hace de ellos, en cierto modo, cuerpos primarios, los vuelve dignos de veneración. No se combinan con nada, pero en ellos, en ellos solos reposa la razón de ser de todo lo que sigue.

Bastante pronto las sociedades han salido de este estado elemental. Las relaciones de vecindad, la conquista, la influencia del fuerte sobre el débil, de la raza ávida sobre la raza perezosa, del inteligente sobre el violento, del intolerante de creencias resueltas sobre el contemplativo de ideas vagas, trajeron muy pronto fusiones más o menos completas o bien, al menos, penetraciones de pueblo a pueblo, y la circulación de unos en medio de otros. A decir verdad, la ciencia actual no percibe casi directamente el antiguo estado de humanidad, el que es para ella el más antiguo, más que en este estadio ya avanzado. El otro, el estado anterior, ella lo capta, sin duda, pero por reflexión, por inducción; ningún documento antiguo lo muestra de modo directo. Aquí, la historia, ya ensanchada porque los intereses, las apreciaciones de las diversas naciones puestas en contacto desde entonces la han hecho más cosmopolita, la historia tiene ya en cuenta más temperamentos sociales, más hilos han entrado en su trama; tiene bajo los dedos, alrededor de su lanzadera, más sustancias textiles, más colores diversos, sobre todo, y Herodoto puede escribir su libro y arrastrar a los espíritus asombrados de los espectadores de los juegos olímpicos hasta las alturas del más jubiloso encantamiento.

¡Cuán diferentes son los hombres entre sí! Los griegos se dicen enamorados de los juegos del pensamiento. Sin embargo, el tiempo paso, y para los romanos de la época imperial el Tiempo, que no ha cesado de trabajar por el acercamiento de los pueblos, ha sabido tejer muy bien y darles un ropaje mucho más amplio con qué vestir a su Clío. Herodoto, los griegos de su época, los grie-

gos de las épocas que siguieron hasta el ensanche inmenso de su visión por el brazo de Alejandro, no conocían más que el Asia anterior, algo la Persia, mal la Escitia, peor aún la India, nada del Occidente. Los Césares soldaron este Occidente al resto e hicieron entrar en la comunidad humana, que había comenzado a formarse antaño en un punto de la Alta Asia y que, desde entonces, no detuvo jamás su desarrollo, a esta otra fracción de la especie, fracción en muchos respectos retrasada, más pobre, más trastornada, menos acariciada por el lujo y el frenesí del bienestar, pero activa y tan fuerte como sus más felices congéneres de Asia; las hicieron entrar, digo, en la comunidad ya agrandada, y si se quiere saber cuál fué el resultado histórico de esta fusión, fué el de que Séneca, o más bien sus contemporáneos, se plantearon esta cuestión que hasta entonces nadie se había planteado: el esclavo, ¿no es hermano de su amo? ¿y debe éste considerarse como propietario legítimo de quien no es menos hombre que él?

Después de los romanos, nosotros, que podemos darnos cuenta más concreta del estado de cosas, estamos en disposición de advertir ya un gran hecho que nada revelaba antes y que se manifiesta entonces, precisamente, como una de esas leyes cuyo cumplimiento es absolutamente fatal y querido por el orden natural de las cosas. Se hace entonces manifiesto que la humanidad que piensa, que obra, sin quererlo, sin saberlo, en virtud de una gravitación cuya presión la empuja, marcha de Oriente a Occidente, absolutamente a la manera del magnetismo terrestre. Esta corriente, sea que no exista más que una sola, a la vez para el mundo material y para el mundo social, sea que existan dos fuerzas similares que obran en un mismo sentido y muy difíciles de no ser reducidas a una misma fuente, dispensadora de sus energías, esta corriente había obrado sobre esas multitudes antiguas que en la aurora de las edades he mostrado, en otra parte, como ocupaban las altas mesetas del Pamir y considero que he sido el primero en mostrarlas allí, pues antes se las buscaba en la región del Penciljab. Pero fueron generaciones posteriores y ya separadas de la fuente paterna, las que descendieron así hacia el Sud. La masa fraccionada de las poblaciones primitivas pasó por oleadas sucesivas en la región occidental, fué directamente y tocó las orillas tumultuosas del Océano, desbordando al Norte y al Sud hacia las

comarcas más vecinas; y así, hacia la época en que el mundo pagano había cumplido su destino, en tiempo de los Antoninos, con mucha mayor razón después de ellos, bajo los emperadores cristianos, se encontraba, como se ve, que la influencia preponderante de la raza blanca y, para ser más exacto, de los mestizos de la raza blanca, abrazaba toda la extensión de lo que se llamaba mundo romano; sobre todo porque, desde las Islas Británicas, los pantanos de los bátavos, los bosques de los frisones, los límites decumatos, hasta las columnas de Atlas, hasta las colonias mesopotámicas, un mismo espíritu circulaba doquiera y representaba nada menos que la aparición invasora de una humanidad unitaria. Si el movimiento del Este al Oeste se hubiese detenido allí, los observadores de hoy podrían no preocuparse de él más que como de una acción transitoria, temporal, cuyo límite fué alcanzado entonces. No fué de ningún modo así, y nosotros lo sabemos bastante, puesto que hemos visto como esta propulsión poderosa hacía atravesar el Atlántico a las bandadas europeas y las esparcía sobre las regiones perdidas, desconocidas, inútiles de América; inútiles, pues detrás de esta humanidad viajera, la tierra no ha faltado, y Rusia, Polonia y regiones danubianas, situadas tan cerca de nosotros, hubiesen tenido con que seducir y retener a los colonos, si éstos no obedeciesen, ignorándolo, a una autoridad sin réplica que les arranca y va a arrojarles lejos, si no hubiesen perdido hasta el deseo de ir a adquirir tierras más próximas a la suya y a menudo más fértiles y más seguras que las que van a buscar lejos.

He aquí lo que en la época final del poder romano esta ley de gravitación histórica continuaba persiguiendo, y se ve hoy claramente que para avanzar en su tarea y salir de su éxito y mostrarse superior con el poder de hacer más, érale preciso en cierto modo recogerse. Pareció dormitar; durante algunos siglos se hubiese dicho que se olvidaba. Si continuaba produciendo un movimiento, era, en cierto modo, para remolinear sobre sí misma. Recogía sus fuerzas y si se advierte, es manifiesto que con una inteligencia evidente, que parece dotada de voluntad y que tiene por pensamiento las grandes influencias que nos arrastran, ella estrechaba los lazos, que habían quedado flojos, anudados entre las diferentes partes del mundo conocido por los griegos y por sus sucesores romanos. Los hunos, los mongoles, los tártaros se ocu-

paban groseramente sin duda, pero no sin ser eficaces, en llevar las regiones caspianas hacia las llanuras húngaras y el interior de la China hacia la Moravia. Los normandos habían transvasado el espíritu del Norte hasta Sicilia, y sus mercenarios suecos y noruegos a sueldo de los soberanos de Bizancio habían aprendido sus astucias de la Grecia inscribiéndolas sobre el cuerpo del león de mármol levantado todavía en el Pireo. El cristianismo, por sus doctrinas unitarias en punto a creencias teológicas, desempeñaba naturalmente un papel considerable en este movimiento de fusión, tanto más considerable cuanto que no admitía el desgranamiento confesional de las antiguas religiones en la aplicación civil de la fe a las costumbres y a los actos principales de la existencia. Para llevar el mayor número posible de naciones a admitir y a practicar las nuevas disciplinas, esa institución, tan desconocida por la antigüedad, de los misioneros apostólicos, se ingenió y logró penetrar en las tierras más lejanas, aquellas que los más antiguos geógrafos y los mejor informados habían adivinado a lo sumo, pero que habían sido impotentes en describir; y sobre las huellas de Plan-Carpin, de Rubruquis, de Mandeville, llegó un día en que viajeros no menos animosos, no menos valientes que aquéllos, fueran a tentar los caminos más lejanos. En la obra de acercamiento de los pueblos estos recién venidos no tenían ya por móvil el triunfo de la fe cristiana por la obra de la predicación; eran comerciantes; querían extender el círculo de las operaciones comerciales; querían conocer lo que se podía vender, lo que se podía comprar hasta en los extremos de la tierra para dar a una perspectiva de lucro la mayor realidad posible; fueron sabios y trabajaron de tal suerte que aumentando todos sus sucesores, por un esfuerzo sostenido, la suma adquirida de los conocimientos, llegó un día en que los navegantes fueron excitados a su vez, y las empresas en el mar de las Canarias sirvieron de preludios a las grandes expediciones que, ejecutadas con la convicción profunda de que haciendo vela hacia el Oeste se debía abordar, por fin, las costas del imperio chino, condujeron al descubrimiento de las Américas, al cumplimiento integral de los grandes trabajos de exploración tentados antaño por los escandinavos después de los descubrimientos sucesivos, las colonizaciones y la población parcial de Islandia, de Groenlandia y de las Floridas.

A partir de estas grandes revoluciones en el estado de la ciencia geográfica, llegados al siglo XV, la Historia toma completamente otro carácter. Los griegos no habían querido ver en el Universo entero más que griegos; según ellos, los bárbaros, cuya existencia comprobaban sin embargo — diferentes en esto de las poblaciones más antiguas, persuadidas a que todo lo que no era ellas no estaba comprendido en la humanidad — no tenían rasgos respetables más que en las costumbres: ¡Dios sabe como se las arreglaban para esto! Los romanos creíanse obligados a confesar que los habitantes de la Hélade, diferentes de ellos mismos, no eran, sin embargo, menos hombres por eso, y contaban tanto forzosamente con lo que habían sido, con lo que eran aún esos precursores que, en muchos puntos, los reconocían como superiores. En suma, quien decía romano, decía el ser por excelencia a quien sus virtudes y sus cualidades designaban por único amo del mundo. El romano tenía un lazo que le unía a los demás hombres; pero no tenía más que uno, y era el de ser destinado por los dioses, por la inexorable ley del universo a dominar a éstos, a gobernarlos en su provecho exclusivo; y cuando la “romanidad” bastardeada, por otra parte, empezó a administrar esta especie de unción santa sobre la frente hasta del griego, del cartaginés, del español, del galo, del sármata, del judío, quedó como entendido que todo lo que no la tenía, que todo lo que no había adquirido esta ciudadanía, tan comúnmente prostituída, no era más que salvaje y que aparte de la civilización de Roma, del tono de Roma, del hábito de Roma, de los vicios, de las locuras, de las debilidades de Roma, no existía nada que se pareciese a una organización social.

Sin embargo, y sin que se advirtiese, la época nueva, la sociedad europea tal como la conocemos, surgió un día de la unión de este anciano, entorpecido por sus largos excesos, con la joven Germania: los hijos que de ella provinieron se parecieron, largo tiempo y para su bien, a la esposa. Tan largo tiempo transcurrió hasta que se convino eso, que todavía no se conviene universalmente, aunque el hecho sea admirable. En adelante, sin embargo, ya no será posible hacer entrar a la Historia en límites demasiado restringidos, ni negar que el globo veía respirar y crecer sobre su corteza poblaciones singularmente diferentes y que tenían al-

gunos derechos en considerarse a la par. Los cronistas de la Edad Media conservan difícilmente, hasta en las páginas presuntuosas de los bizantinos, el antiguo orgullo frente a los extranjeros. Gregorio de Tours quisiera creer, pero no cree que los senadores auverneses de los que descendía reinasen sobre el ombligo del mundo, y cuando se llega a la época de las Cruzadas, hasta los escritores monásticos cuentan con la grandeza de los sarracenos, y cuando el momento en que los compañeros de Colón han visto y llevado a Europa caribes, cuando los de Albuquerque han tratado a los sultanes del Africa oriental, a los rajaes de la India, un sentimiento nace en la Historia; no es ya la idea de la superioridad a toda costa, ni el deseo de buena voluntad; es esencialmente la emoción de la curiosidad, y todos los escritores del siglo XVI prefieren recalcar las particularidades de las costumbres hasta entonces desconocidas por Europa que divertirse con desdenes de los que ya no se preocupan.

Hay, en este momento, una primera floración del verdadero sentimiento histórico en esta atracción universal de entonces por el saber; ninguna disposición perturbadora parecía existir y el ojo abrazaba claramente el objeto humano que acariciaba. No se preguntaba si el hombre era un griego o era un bárbaro, un ciudadano romano o un extranjero, un cristiano o un musulmán o pagano. Se veía la necesidad (ciertamente no se la veía de una manera muy distinta todavía, pero se la veía, sin embargo) de buscar en las diferentes nacionalidades, el hombre, y había un gusto muy vivo en darse cuenta del hecho singular de la existencia de esas diferentes formas bajo las cuales la condición de nuestros congéneres podía llegar a desarrollarse en climas diferentes y bajo el imperio de necesidades especiales que no se conocían, pero que nada mejor se consideraba que buscarlas. Maquiavelo fué muy sensible a las impresiones que su contacto de hombre de negocios con diferentes pueblos de Europa le hizo experimentar. Descubrió y notó que el temperamento del francés no era el de los italianos, de los que los españoles eran a su vez muy diferentes, lo mismo que los alemanes. Montaigne ha realizado también observaciones análogas; y pareció que en esta época la filosofía de la historia, como se llama ordinariamente a lo que debiera ser lo esencial de la historia, nacería. No hubo tal, sin embargo, y el

siglo XVII se desvió y exageró su actitud. Bossuet fué la expresión más completa de este espíritu de retroceso.

No dijo, no vió que por un movimiento lento, pero continuo, la Humanidad había trabajado sobre sí misma para refinar y elevar a la vez las nociones, que se habían hecho más exactas, de lo que debía creer y pensar en cuanto a sí misma, en cuanto a lo que la rodea. No quiso abrazar a toda la especie humana en un movimiento universal que, llevando una en otra sus diferentes fracciones, las más hostiles, las más lejanas, las más refinadas, las más brutales, tendía por una acción cósmica incesante a una especie de abrazo dei que parece que nada, algún día, deberá quedar excluido.

No se trata de apreciar todavía si esto ocurre desde el punto de vista de los intereses de la especie para mal o para bien; pero en ninguna forma reflexiona Bossuet que en su época se podía, sin embargo, advertir que ya las diferentes partes de la Humanidad se tocaban de mucho más cerca que antaño y se habían confundido ya en muchos puntos. No fué curioso ni científicamente prudente como sus predecesores de la edad anterior, y con un sentimiento perfectamente exclusivo, y por tanto muy estrecho, rehizo sobre una base especial el edificio entero de la Historia, dió el tono a las teorías que han reinado hasta nuestros días. En el fondo, reprodujo con una preocupación cristiana, o para mejor decir, católica, la doctrina más antigua en materia semejante, la más mezquina y, se puede decir osadamente, la menos religiosa.

Imaginó que, de toda antigüedad, Dios no se había interesado más que en ese pueblito de las montañas de Palestina que no había sido el mejor, ni el más honrado, ni el más enérgico, ni el más culto, ni el más útil de los pueblos, pero que reemplazaba todas las cualidades ausentes por el hecho de haber sido el pueblo de la Promesa. Hizo abstracción completamente de todas las sociedades privadas de sus bienes: la violencia hecha al tomar las uvas de Judea y la expulsión de Naboth de su viña. Valiéndose de una idea tan absoluta, no tuvo la excusa de los antiguos sacerdotes de los medos que hablaban de sí mismos solo, porque no conocían a otros, ni la de los griegos ni la de los romanos menos aislados, pero relativamente inconscientes de lo que vivía a su lado; dió voluntariamente la espalda a las luces nuevas y produjo con su *Discurso sobre la historia universal* el más lastimoso

de los libros, precisamente porque ha hecho escuela.

A su vez, no hubo más que el reino de Judas en el universo entero. Hizo salir de allí a los doce Pescadores de Genezaret a través de una atmósfera de milagros, les hizo derribar el edificio culpable del mundo antiguo. No examinó nada; no seleccionó nada. Fuera de la Iglesia no hay salvación; llevó siempre su pequeña banda cristiana a tambor batiente a través de los destinos generales desconocidos, abriéndose, tan bien como mal, a través de las herejías un camino disputado sin cesar, para terminar en el gran coronamiento de los siglos, en la monarquía de Luis XIV. Se puede alabar igualmente a Bossuet de que haya perjudicado a la Religión, a la Ciencia y a Francia, cuya natural vanidad ha contribuido, por su parte, a exaltar hasta la locura.

Pero su obra no representa solamente una manera errónea de encarar la Historia. Da él lo esencial de un método en virtud del cual se puede, sin gran dificultad, hacer decir a la Historia exactamente cuanto se quiera y emplearla para preconizar las ideas más contrarias. Como ese sentido ha sido muy frecuente en el siglo XVII y en nuestros días, es interesante mostrar, con cierto detalle, lo que fué esta nueva evolución de la ciencia del pasado.

Muy bien habían sabido los antiguos sacar partido de sus anales para sostener una tesis política. Tucídides tomando las cuestiones en el más estrecho de sus sentidos había querido no solamente probar que entre los hombres no se trataba más que de ser griego, sino que entre los griegos era necesario ser ateniense. Tácito, sin investigar más que él, había tenido la idea fija de demostrar la excelencia de la antigua organización romana eclipsada, y que nada bueno había existido en esta tierra más que la disciplina del Senado, de los Cónsules y del pueblo. En el fondo, el Obispo de Meaux no había hecho más que emplear los mismos medios para muy otro fin, y, después de él, Voltaire se dió muy gozoso a desmontar pieza a pieza su edificio, para reconstruirlo de acuerdo a un plan diametralmente contrario. Luego vino, para la historia de Francia, Boulainvilliers pleiteando por la nobleza, el Abate de Mably hablando por el Tercer Estado; más tarde, Agustín Thierry inculpó a la conquista normanda porque no tuvo consideraciones con la población sajona, y, ha menos tiem-



po aún, Buckle puso la Historia al servicio de las teorías sobre el desarrollo ilimitado de la especie humana. Así, según esta manera de proceder y de tratar las experiencias que nuestra especie ha podido realizar en el curso de su vida, se ha demostrado alternativamente, desde hace doscientos años más o menos, que el Hombre solo existía por la Religión; que, al revés, existía a pesar de ella; que sin nobleza no existía Francia; al revés, que la burguesía sola había creado y mantenido el Estado; que Guillermo el Conquistador, dando fin al aislamiento británico, no había merecido tanto el elogio como la censura por haber empleado la fuerza y las consecuencias que resultan de ella, y, por fin, se ha acostumbrado como nunca aún, la aplicación pura de la metafísica al tratamiento de la Historia, el cual, es, seguramente, el más peligroso de los métodos.

No es menos cierto que, a pesar de todo, por el solo hecho de que las naciones en su mayor número se habían acercado unas a otras y que para ellas la visión se había extendido mucho, la Historio no podía ya en adelante volver a ser más que un catálogo de hechos cronológicos; no es menos cierto que los diferentes sistemas a que era sometida, erróneos, por consecuencia, frágiles, transitorios, poco durables, testimonian la conciencia cierta de una razón de ser que preside sus movimientos. Se trataba de encontrar esa razón, y ciertamente, desde entonces hasta ese descubrimiento, el trabajo continuaría.

Lo que sirvió de ayuda a una mejor determinación de los hechos, de su alcance, de su verdadero sentido, fueron ciencias consideradas largo tiempo como subalternas, algunas de las cuales han llegado muy recientemente a la existencia, y entre éstas últimas la lingüística... (1)

CONDE ARTURO DE GOBINEAU

(Traducción de A. Waismann)

(1) Este texto de Gobineau es inédito, con las dificultades consiguientes. Por lo demás, no hay tampoco ediciones críticas de Gobineau: por ejemplo la de Crès, 1923, "Les Religions et les Philosophies dans l'Asie Centrale" (1865), es poco valiosa.

—Dos palabras sobre la traducción. Este trozo es característico de Gobineau: amplitud del período, cambio sintáctico de construcción en la misma frase, multiplicación de proposiciones subordinadas, las cuales no se relacionan generalmente con la proposición principal, al contrario de lo que ocurre en Bossuet. Ha habido necesidad de recurrir a giros violentos. Gobineau es con frecuencia oscuro, de una oscuridad sintáctica, más que técnica. (Nota del traductor).